

**ALLEZ, ALLEZ
RECULEZ!**

**ARRIBA
ESPAÑA**



MANUEL CERVERA POMER

Teniente del Ejército de la República
En posesión de la medalla al Valor



Primera edición: noviembre 2020

Depósito legal: AL 2101-2020

ISBN: 978-84-1374-454-4

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Cervera Pomer

© Promotores: Raúl Cervera y José Manuel Cervera

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de portada: Raúl Cervera

© Diseño de contraportada y solapas: Marais Mosqueda

Publicado con el permiso de todos sus herederos.

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

PRÓLOGO

José Manuel Cervera, el hijo

En el año 1956 estudiaba yo cuarto de Bachiller en mi nuevo Colegio —iba adelantado dos años, en aquellos tiempos eso era posible— y el profe de Política —Formación del Espíritu Nacional, se llamaba entonces— nos puso un trabajo individual. A mí me tocó Belchite, pero yo no sabía si era un pueblo o una marca de refrescos. Llegué a casa y se lo conté a mi padre. Me dijo: «No te preocupes, yo te lo hago».

Parece ser que en ese pueblo un bravísimo grupo de nacionales resistió el acoso de hordas rojas muy numerosas y sedientas de sangre. Me puso sobresaliente el profe.

En la Navidad de 1962, mi padre me regaló un billete de tren a París y diez mil pesetas. Me dijo: «Vete a Francia y aprende lo que es vivir en democracia».

Y a fe mía que así fue. Comí con un profesor de Nanterre y su esposa —a la sazón, directora del museo del Hombre—, que me pidieron perdón, llorando, por el comportamiento de Francia con la República y por los campos de concentración. Conocí a un montón de exiliados de la República en Ruedo Ibérico y cargué

la maleta con libros de historiadores de verdad que me contaron lo que ocurrió. Recuerdo mi primer libro, *Histoire de L'Espagne Franquiste*, de Max Gallo, y hasta diez más por lo menos, y los discos de la República en la Guerra Civil.

El año siguiente me dio otro billete a París, y cuando le pedí las diez mil pelas, me dijo: «No, hombre, no. El año pasado te fuiste a aprender qué es eso de la democracia. Este año te vas a buscarte la vida».

El 18 de julio de 1936, Manuel Cervera Pomer, Manolín para su mamá y para tanta otra gente, con 21 años cumplidos en abril, se fue a la guerra a luchar contra el fascismo. En febrero de 1939, con 23 años, dos años después, Manolín cruzó la frontera de Francia con las estrellas, o los galones o lo que fuera, de teniente del Ejército de la República y la medalla al valor individual. Y eso a mí me llena de asombro.

El lector encontrará muchos motivos para la reflexión en este libro. Tres llenaron mi cabeza todo el tiempo. Los demás tal vez me chocaran menos, sin duda porque el personaje es el que me educó. Francia, la mierda y los senegaleses. Francia traicionó a la República, el campo no tenía letrinas —había una gran montaña de mierda— y los senegaleses cuidaban el orden en el campo. Especialmente trágico es el momento en que el muchacho, hombre, republicano, vencido, decide volver a España. Y especialmente presente es la figura de la madre. Mujer a la que conocí, a la que acompañaba a su sillón porque estaba casi ciega, y que murió cuando yo tenía tres años.

ADVERTENCIA AL LECTOR

Con el presente relato de vivencias personales, totalmente verídico, pretendo presentar ante los ojos de quien pueda leerlo lo que fue la ¿vida? en los campos de concentración franceses que acogieron a los refugiados españoles hasta febrero de 1939.

Describir lo que fueron dichos campos de ¿refugiados? es completamente imposible, no solo para mí, sino también para escritores mucho más ilustres que yo, pues aquello hubo que vivirlo. Si alguien pretende comprenderlo, tendría que encontrarse en iguales circunstancias. Tratar de describir lo que fue aquello es prácticamente imposible y solo queda en las frías cuartillas la exposición, más fría aún, por literaria que sea, de los terribles sufrimientos a los que fueron sometidas una y miles de almas doloridas.

Con el fin de hacer llegar al lector el ambiente y la ¿vida? —si así se le puede llamar—, el acontecer diario de lo que sucedió en dichos campos de concentración franceses, emplearé el mismo lenguaje soez, brutal, que allí empleábamos.

Por lo tanto, si este libro está en manos de algún pusilánime, que no siga leyendo. Se horrorizará. Por otra parte, si está en las manos de algún culturalista, académico amante de la pureza del lenguaje, que tampoco siga, también se asustará.

A unos y a otros, a todos los lectores en general, solo quiero hacerles una pequeña reflexión. En dichos campos de concentración no estábamos para academicismos, purezas del lenguaje ni otras lindezas por el estilo y llamábamos a las cosas por su nombre más claro, conciso, concreto y popular.

Era casi materialmente imposible no verse engullido por el torbellino de los instintos primarios que hacían brotar las más bajas pasiones que todo ser humano lleva latentes en sí y conservar la fuerza moral, ética y humana que nos distingue del resto de los animales, haciéndonos tener conciencia del bien y del mal.

Para los franceses, para Francia, la seguridad absoluta de que todo cuanto he escrito lo he hecho sin el menor rencor, sin tan siquiera resentimiento alguno. Me he limitado a transcribir lo que vi, lo que VIVÍ. Pero sin animosidad alguna y, sobre todo, sin parcialidad ni apasionamiento de ningún tipo. Si no les gusta, lo siento por ellos, lo siento por Francia, pero todo ello es lo que ocurrió a mi alrededor durante los largos meses que estuve encerrado —refugiado, según ellos— en los campos de concentración franceses.

Manuel Cervera Pomer

A todas las personas de uno u otro sexo, ancianos, jóvenes o niños, que, huyendo del terror de la guerra fascista, cruzaron la frontera francesa hasta febrero de 1939.

Pero muy especialmente, a mis compañeros y camaradas, tanto en los frentes de guerra como posteriormente en Argelès sur Mer y Gurs: Vicente Sánchez, de Santander, a quien yo cariñosamente puse el sobrenombre de «el pillete del Sardinero»; Juan Bru, de Madrid; El Capitán —cuyo nombre no recuerdo, ni de dónde era—; Manuel Góngora, de Linares; y Ramoniche, de Valencia.

A todos ellos, mi entrañable recuerdo, mi confirmación de aprecio y sincera amistad, así como la seguridad absoluta de que nunca les he olvidado, y que tampoco nunca, antes ni ahora, traicioné ni traicionaré jamás los ideales por los que luchamos juntos: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD entre todos los seres humanos, sin distinción de razas, sexo ni religión.

Manuel Cervera Pomer

ANTES DE CRUZAR LA FRONTERA FRANCESA

Serían las 9 de la mañana del, quizás, último día en que miles de españoles cruzamos la frontera franco/española por Port Bou, en febrero de 1.939, adentrándonos en Francia. Faltaban unos 500 metros para llegar a la frontera y la caravana de camiones que componían nuestra 73 Batería Antiaérea Bodford estaba materialmente aprisionada por aquellas miles y miles de personas civiles que, como nosotros, junto a nosotros, huían del fascismo. Estos civiles seguían llegando no solo por la ya abarrotada carretera, sino también campo a través por barrancos, bancales y sendas... con la única esperanza de refugiarse en Francia.

Bajé del camión y, trabajosamente, me abrí paso entre aquel maremágnum de carros tirados por caballerías —carros de los cuales tiraban como bestias sus propios dueños—, carretillas de todas clases, bicicletas y toda clase de vehículos cargados hasta los topes con los enseres más precisos, amén de otros muchos miles de seres humanos que, no poseyendo ningún medio de transporte, cargaban sobre sus propias espaldas lo poco que habían podido salvar, lo que más apreciaban o lo que consideraban más útil. Así, se veían ancianos cargados con cabritillos y gallinas, gente más joven llevaba cerdos, borregos y cabras y, casi todos, colcho-

nes y mantas. Mujeres jóvenes aún, con sus hijos de pecho en brazos, cargaban además con cunas... Y hasta me llamó la atención el curioso detalle de una vieja que llevaba, cuidándolo con todo esmero, un viejo reloj de cuco no menos viejo que ella.

Era una inmensa multitud compuesta principalmente por ancianos de ambos sexos que viajaban en compañía de sus hijas y nietos. Mujeres solas, llevando consigo a sus hijos pequeños, y lo más triste, mujeres solas, completamente solas, desamparadas y abandonadas a su suerte. Llamó mi atención que los representantes del sexo masculino eran solamente ancianos, jovencuelos o niños. Los hombres en edad militar estaban encuadrados en cualquier unidad, y sus padres, hermanas, esposas e hijos huían del terror fascista para reunirse con ellos en la acogedora y democrática Francia, formando parte, sin saberlo, del más terrible éxodo del siglo XX.

Creo que cruzamos la frontera el día 12 de febrero de 1939, pero no lo puedo asegurar. De todas formas, fue el último o uno de los últimos días en que la frontera estuvo abierta. Las preguntas a los militares que, como nosotros, estábamos engullidos por esta multitud eran apremiantes, angustiosas.

«¿Sabéis dónde está la XII Compañía del V Cuerpo del Ejército? Vosotros que sois de Artillería, ¿sabéis dónde está la 120 Batería?». Así había sido toda la noche y continuaba siendo todo el día.

Pobres padres, pobres mujeres desamparadas, en su terrible soledad perdidas, buscando ansiosa y angustiosamente el consuelo de saber algo de su hijo, de su esposo, de su hermano, de su padre. Buscando afanosamente un punto de apoyo para poder seguir manteniendo sus ilusiones, su vida, su desamparo. Perdidas totalmente entre aquella abigarrada multitud, desarraigadas brutalmente de sus casas, de su ambiente, del resto de sus familiares

y amigos, acosadas por el hambre, por la sed, por el cansancio, pero caminaban valientemente, heroicamente, a enfrentarse con su brutal destino.

«Mi marido va en la 23 Brigada del XVIII Cuerpo del Ejército. ¿Sabéis dónde está?».

El griterío era imponente. Provocado por los sufrimientos. Los nervios a flor de piel incitaban a las disputas, a las discusiones. A todo ello, había que añadir el gruñir de los cerdos, el cacareo de las gallinas, el balar de las cabras, el rebuzno de los burros. Todo aquel macabro conjunto formaba el espectáculo y la sinfonía de la desesperación llevada a sus límites más extremos.

Llegué por fin al puesto fronterizo, y lo que vi me asqueó: al llegar, toda persona civil o militar, hombre o mujer, era cacheada minuciosamente. Como quienes hacían estos cacheos eran los gendarmes, excuso decir las protestas, los chillidos y las histerias de las mujeres al ser palpadas sus partes más íntimas. Pero no solo era esto, sino que además todos los enseres, animales, etc. les eran arrebatados a la fuerza sin tener en cuenta que si los habían llevado hasta allí desde muchísimos kilómetros de distancia era por tener la conciencia de transportar un trozo de su propia casa, de su vida. De repente, se veían no solo despojados, sino maltratados y ultrajados moral y físicamente. Ante sus protestas y lágrimas solo encontraban una respuesta, una frase que aún hoy, cuando por desgracia la escucho, se me hace un nudo en el estómago y hace que vuelva mis indignados ojos sobre quien la ha pronunciado: «ALLEZ, ALLEZ, RECULEZ». Solo eso. Solo esta frase era lo que íbamos a escuchar durante los kilómetros que separan Port Bou de Argelès sur Mer y durante toda nuestra estancia en Francia. Ni una sola frase de comprensión, de aliento, de cariño, de amor. Solo aquel odioso *allez, allez, reculez*, dicho en tono de mando y de desprecio.

Contemplando el ignominioso cacheo, vi cómo un par de cabras, entre el tira y afloja de una mujer joven y los gendarmes, asustadas, salieron corriendo y saltando, perdiéndose entre la fragosidad de los Pirineos. «Quizás ellas den origen a una nueva raza de Capra Hispánica», pensé con amarga ironía mientras contemplaba el cacheo de unos soldados que, sin ofrecer la más mínima resistencia, habían entregado todas sus armas, que habían ido a engrosar un montón formado ya por toda clase de armas ligeras: fusiles, pistolas, naranjeros, ametralladoras... Su visión me produjo una gran tristeza, pues me hizo ver y comprender lo que hasta ese momento no había alcanzado a valorar en toda su terrible magnitud: NUESTRA DERROTA. La 73 Batería tenía orden de entregar el material en perfectas condiciones cuando se nos pidiese. Era trágico, cómico, denigrante, que unos combatientes por la democracia y la libertad, que habían estado durante tres años luchando valiente y heroicamente, tuvieran que entregar el material de guerra que había sido su compañero inseparable, su defensa, que había llegado a formar parte de su ser, en aquellas condiciones de desprecio y vileza.

No quise ver nada más y regresé al camión, pero antes me paré en el que iba el capitán muy cerca de la frontera ya, que me dijo: «Cervera. Ya sabes que tenemos que entregar el material. No sé dónde, pero cuando se nos pida. Tenemos que estar toda la batería junta. Pararemos siempre al borde de la carretera. Cuando entres en Francia, sigue la carretera que te indicarán hasta encontrarte con la batería. Antes, no te pares ni te desvíes». «Está bien», dije. «¿Dónde lleváis el tocino que hemos cogido en la estación de Port Bou? Ahí, los Gendarmes lo quitan todo. Comida, animales, todo cuanto quieren. Te lo digo, para que lo escondáis».

Habíamos estado unos días en Vilajuiga y cuando recibimos la orden de ponernos en marcha hacia la frontera, al pasar por Port Bou, yo, en compañía de Sánchez —el Pillete del Sardi-

nero— Bru, Abascal, Góngora y otros más, nos fuimos a la estación del ferrocarril donde, según nos habían dicho, había un tren abandonado lleno de víveres. Cuando llegamos, pudimos comprobar que era cierto. Pero dicho tren estaba completamente vacío ya. Los que se habían retirado antes que nosotros habían arramblado con todo. El suelo estaba lleno de restos de azúcar, de arroz, de lentejas. El asalto de los hambrientos debía de haber sido desesperado, desorganizado y total. Rebuscando de vagón en vagón, removiendo aquel enorme montón de desperdicios como famélicos perros, habíamos encontrado dos o tres botes de leche condensada grandes y otro tanto de carne y mermelada. Con todo ello no teníamos ni para comer un solo día. Desencantados, regresábamos ya a la carretera, cuando escuchamos los gritos del Pillete. Escuchábamos sus gritos, pero no le veíamos. Por fin, vimos asomar su sonriente cara en un vagón solitario y algo alejado de los demás, haciéndonos gestos con la mano, chillando.

—Venid. Venid. He encontrado algo, como siempre.

Y así era. Siempre encontraba algo donde los demás no encontrábamos nada. Por ello le había puesto yo el sobrenombre de Pillete del Sardinero, ya que era el prototipo de chico de barrio bajo acostumbrado a vivir por sí solo, sin padres conocidos, y que vivía con su abuela, a la que tenía que mantener, en la playa del Sardinero. Tenía 19 años y era lo más noble, generoso y honrado que darse pueda, chocando con las mil y una anécdotas que nos había contado de sus rapiñas en el Puerto de Santander para sobrevivir y poder alimentar a su abuela.

Nos acercamos presurosos y vimos que lo que había encontrado eran unos diez o doce trozos enormes de tocino salado. Estuvimos unos momentos dudando entre cogerlos o no, pues aquello según se mirase, ni era apetitoso, ni lo considerábamos apropiado.

—No los cojamos, cuando los han dejado es que no sirven.

—No seáis imbéciles, debemos llevarlos, pues no sabemos lo que nos espera.

Prevaleció esta última opinión del Pillete, y como pudimos, cargamos con ellos.

Asimismo, me paré en los camiones donde iban Olcina, Sánchez, Bru y Góngora, indicándoles lo mismo: que escondieran el tocino. Cuando llegué a mi camión, cogí la pistola del 9 corto que había llevado toda la guerra y, acercándome al borde de la carretera, la desmonté. Lancé con fuerza la parte superior al barranco. La parte inferior, culata y demás, cogiendo dos grandes piedras, la machaqué, lanzándolas igualmente con fuerza, pero por la otra parte de la carretera, mientras pensaba rabiosamente: «Tú eres la pistola que me dieron al incorporarme al Ejército Popular de la República, para defender la democracia y la libertad. No he tenido necesidad de utilizarte nunca, pero has sido mi compañera, has representado mi autoridad, y hubieses sido mi defensa en caso de necesidad. No quiero que manos extrañas te utilicen, te manchen, te mancillen o envilezcan, utilizándote para otros fines que no sean única y exclusivamente la defensa de la libertad».

Los hombres de mi camión me acosaban a preguntas sobre lo que había visto en la frontera. Les expliqué todo y les recomendé que entregasen todas las armas que pudieran tener, incluso navajas grandes si alguno tenía. Asimismo, les recomendé que guardasen, si tenían, algo de comer.

—Tened presente —les dije— que los gendarmes os registrarán y cachearán concienzudamente, quitándoos todo cuanto quieran.

—Entonces, ¿los franceses me tocarán los cojones? —pregunta que dio origen a una risotada general.

Lentamente, aquella masa informe iba acercándose a la frontera. Mientras tanto, llegaban rumores de todas clases, algunos de ellos muy alarmantes.

—Los fascistas están muy cerca.

—Ya están ahí, y nos van a coger prisioneros.

Las horas, pasaban lentamente. La gente comía —si tenía algo que comer— cuando tenía hambre. Nuestra 73 Batería hizo su último rancho en suelo español con los muy escasos víveres que le quedaban. Yo, y como yo todos los componentes de la batería, compartimos nuestro mal rancho entre la gente más cercana que no tenía nada que comer.

Pasó el día. Los aviones enemigos no habían aparecido para nada, cuando inesperadamente un Heinkel de reconocimiento nos sobrevoló. Dio dos o tres vueltas, como hacían siempre estos aviones, y desapareció. Al verlo, la gente enloqueció. Unos salieron corriendo, saltando bancales y abandonando lo poco que llevaban. Otros, más serenos, se echaron al suelo, como habían hecho tantas veces. Los más iniciaron una marcha febril y enloquecida hacia Francia, mientras mis hombres y yo tratábamos de calmarlos

—Es un avión de reconocimiento. No tengáis miedo. No va a bombardear.

Pero solamente cuando desapareció se calmaron los ánimos. Regresaron unos. Se levantaron del suelo otros y dejaron de presionar sobre la frontera los más.

El primer camión de la 73 Batería, donde iba el capitán, cruzó la frontera a primera hora de la tarde. A intervalos más o menos largos, lo hicieron el del teniente Olcina y los de los sargentos Bru, Sánchez, Valls, y el del comisario Góngora. El mío, como era el último, lo hizo de noche cerrada ya.

Sentado en la cabina de mi camión, a pocos metros ya de la frontera, presencié la última escena de refugiados españoles entrando en Francia. Ante el cacheo a que eran sometidos todos, sin distinción de sexo ni edad, una anciana imploró:

—Por favor, a mí no me hagan eso. No llevo nada. Mi marido y yo vamos a Francia a reunirnos con nuestro único hijo.

Bien porque no la entendieran o mejor, quizás, porque no le hicieron caso, le desabrocharon el corpiño, palparon entre sus flácidos pechos, haciendo lo mismo entre sus piernas. Cuando terminaron, la pobre vieja lloraba silenciosamente.

En ese momento, cuando mi indignación estaba a punto de explotar y me disponía a bajar de la cabina, una cabeza de mujer joven de no más de veinte años asomó por la ventanilla y, sonriendo graciosamente, me dijo:

—¿Me dejas subir? —La observé un momento. Era una cara desvergonzada, pecosa, de muchacha que vive la vida sin importarle nada más. Era bonita.

—En la Cabina, no puedes subir. Si quieres puedes hacerlo en la caja, con los soldados. —Me miró un momento, y burlonamente, se echó a reír.

—Ya comprendo. La disciplina. El ejemplo. Me es igual. Subir en la caja es mejor que ir a pie.

Bajé del camión y les grité a mis muchachos riéndome:

—Eh, muchachos. Os mando compañía, tratadla bien.

Mientras tanto, ella había puesto un pie encima de la rueda trasera, levantando su cuerpo. La cogí con mis dos manos por el culo. «Rediez, qué duro lo tiene», pensé aupándola. Alguien le dio la mano desde arriba y allá que se fue.

En ese preciso instante, escuchamos todos los gritos indignados de una mujer:

—A mí no me vais a hacer eso. Cerdos, puercos, aprovecharos así de las mujeres. Si mi hombre estuviera aquí ya os lo diría.

Se trataba de una mujer joven que no quería dejarse cachear. Dos gendarmes la sujetaron mientras un tercero le desabrochó el vestido, hurgó entre sus pechos y, pese a sus patadas, chillidos y berridos, le levantaron la falda, metiéndole la mano entre sus piernas, como a todas. Cuando la soltaron, ultrajada, se abalanzó sobre ellos y comenzó a golpearlos. Sus pechos, al aire, se balanceaban al compás de sus movimientos y de sus insultos.

—Cobardes, cabrones. Si tuviera un cuchillo os cortaba los cojones para que nunca más pudierais joder a una mujer.

Me acerqué a ella y le puse una mano sobre su hombro. Su reacción fue darme una tremenda bofetada. Sujetándola por la cintura, le grité enérgicamente y en tono de mando

—Ya está bien. Tápatelo los pechos y reúnete con los tuyos.

Me miró, rompió a llorar y, abrochándose el vestido, se perdió entre las brumas de la noche.

Mi camión era ahora el que estaba siendo registrado. Subió un gendarme a la caja y lo registró todo concienzudamente. Mantas, cacharros de cocina, cajas de munición vacías —hacía tiempo que no teníamos munición—. Cumplido este cometido, se bajó. Mientras tanto, otros gendarmes cacheaban a mis soldados que, entre risotadas, les decían: «Anda, francesito, tócame los cojones».

Me planté delante de un gendarme y sin una palabra, sin un gesto, desabroché mis pantalones y los dejé caer de golpe sobre mis pies, quedando completamente desnudo de cintura para abajo; a la vista de todos, mis genitales. El gendarme aquel me miró. Nos miramos fijamente y, sin tocarme, me indicó que me vistiese, cosa que hice muy lentamente. Otro gendarme me gritó con voz imperativa:

—*Allez, allez, reculez.*

—*Un moment, monsieur.*

Todo sucedió iluminado por los faros de mi camión, que como imaginarios focos iluminaban un no menos imaginario plató donde se desarrollaba la acción de una igualmente imaginaria película de una real, cruda, bárbara, cruel e inhumana realidad.

Regresé al camión lo más lentamente posible. Todos los soldados estaban ya subidos en él, así como la muchacha aquella. ¿Cómo se habría comportado en el cacheo? En el momento de